

HISTORIA UNIVERSAL SIGLO XXI

JACQUES LE GOFF

XXI



XXI

111

siglo
veintiuno
editores

ISBN 968-23-0495-4



HISTORIA UNIVERSAL

SIGLO XXI

Volumen 11

La Baja Edad Media

Historia Universal
Siglo veintiuno

Volumen 11

LA BAJA EDAD MEDIA

Jacques Le Goff

EL AUTOR

Jacques Le Goff

Nace en 1924 en Toulon; de 1945 a 1950 estudia en la École Normale Supérieure de París; en 1950 fue agregado de Historia en París; en 1951-1952, becario del Lincoln College de Oxford; en 1952-1953, miembro de la École Française en Roma; en 1954-1958, profesor ayudante en la Facultad de Letras de Lille; en 1958-1960, investigador en el C. N. R. S. de París. Desde 1962 es Director de Estudios en la École Pratique des Hautes Études de París. Es uno de los más importantes especialistas en historia y sociología del mundo occidental medieval. Entre sus obras resaltamos: *Marchands et Banquiers du Moyen Âge* (1.ª ed., 1956; 2.ª ed., 1962), *Les intellectuels au Moyen Âge* (1.ª ed., 1957; 2.ª ed., 1960), *Le Moyen Âge*, 1962, y *La civilisation de l'Occident Médiéval*, 1964.

TRADUCTOR

Lourdes Ortiz

DISEÑO DE LA CUBIERTA

Julio Silva



PRIMERA PARTE

LA EXPANSION DEL OCCIDENTE CRISTIANO (1060-1180)

1. Los puntos de partida

Los bárbaros de Occidente

Cuando, en el año 1096, los bizantinos vieron llegar a los cruzados occidentales que les pedían paso para ir a Tierra Santa, sintieron ante su aspecto y ante su comportamiento un estupor que en seguida se transformó en desprecio e indignación. Tanto si se trataba de las hordas populares dirigidas por Pedro el Ermitaño, como de la segunda ola de tropas señoriales, que además les recordaban desagradablemente a los agresivos normandos de Italia, los bizantinos no vieron en ellos más que bárbaros groseros, ávidos y penitantes: salvajes.

Quizá los aventureros que componían en su mayor parte las bandas de la primera cruzada no dieran la imagen más halagüeña de la cristiandad occidental. Sin embargo, los jefes de esa cristiandad veían en ellos la más selecta flor de Occidente. Pero es preciso reconocer que el occidente cristiano, en la segunda mitad del siglo XI, no es más que la extremidad todavía mal desbastada del área civilizada que se extiende desde el mar del Japón a las columnas de Hércules.

Sin duda las civilizaciones orientales conocen entonces crisis políticas y reverses militares que revelaban un profundo malestar económico y social: ocaso de los Fujiwara en el Japón y oleada de terror colectivo (pensamos en el pueblo a la caída de la ley búdica en 1052); crisis del Islam oriental en donde el protectorado de los turcos Seljuídas en Bagdad (1055), a pesar de que parece reafirmar la ortodoxia religiosa y la posición del califa, va a acentuar el retroceso de las capas medias urbanas y rurales; en África del Norte, la invasión almorávide a partir de 1051 comienza sus irreparables estragos. En las puertas mismas de la cristiandad, los dos grandes núcleos de civilización bizantina e hispano-árabe, sufren un eclipse. Bizancio revela sus dificultades no solamente por algunos desastres militares espectaculares (la catástrofe de Manzikert ante los Seljuídas (1071) anuncia la pérdida de Asia Menor del mismo modo que la toma de Bari por los normandos de Roberto Guiscardo, el mismo año, prelude la de Italia y el Mediterráneo occidental) sino también por una serie de medidas interiores muy significativas para el historiador: la moneda de oro, el numisma, que había llegado a ser el símbolo de la potencia económica en Occidente (donde se le llama *besante*, es decir, bizantino) y al

que Robert Lopez ha llamado el d6lar de la Edad Media, sufri6 su primera devaluaci6n bajo Nic6foro Botaniates (1078-1081). Este debe reirse ante Alejo Comneno, cuya proclamaci6n sanciona la victoria de la aristocracia feudal que va a precipitar la decadencia bizantina. En la Espa1a musulmana, el 6ltimo califa omeya de C6rdoba, Hisham III, es muerto en 1031 y la antigua impera en los veintitr6s peque1os estados de «taifas» que se han repartido el pa6s.

Sin embargo, el esplendor de estas civilizaciones no se puede parangonar con la medievidad y el primitivismo de la cristiandad occidental. Civilizaciones urbanas, ante las que se fascinan las canciones de gesta que comienza a componer Occidente. En el *P6lerinage de Charlemagne*, contempor6neo poco m6s o menos de la *Chanson de Roland* y por tanto anterior a 1100, se narra el descubrimiento maravilloso de Bizancio que hacen el emperador y sus pares. Lo mismo sucede en el ciclo de la Gesta de Guillermo de Orange donde se narra la seducci6n que ejercen sobre los caballeros cristianos las ciudades musulmanas: Orange, Narbona, y m6s all6, las inaccesibles ciudades de C6rdoba y, m6s lejos todav6a, Bagdad. Civilizaciones que han producido ya obras maestras deslumbrantes por su arte y su t6cnica, mientras en Occidente los primeros arquitectos rom6nicos intentan cubrir con b6vedas las nuevas naves: desde fines del siglo VIII a comienzos del siglo XI, los artistas de C6rdoba han edificado una mezquita que puede rivalizar con Santa Sof6a de Constantinopla, y el Occidente cristiano s6lo puede ofrecer frente a estas dos maravillas esbozos de peque1as dimensiones. Adem6s, los occidentales tienen conciencia de su inferioridad. La Gesta de Guillermo de Orange pinta tambi6n al ej6rcito agrupado por el rey musulm6n Deramed: «Ha reagrupado cien mil hombres en C6rdoba, en Espa1a, y tiene antes de partir una corte plenaria que debe durar cuatro d6as. Se sienta en un trono de marfil, sobre una alfombra de seda blanca, en el centro de un espacio muy amplio. Detr6s suyo llevan al drag6n que le sirve de ense1a... Mira con orgullo al inmenso ej6rcito que le rodea. Hay all6 congregados cuarenta pueblos mandados por cuarenta reyes: Teobaldo conduce a los estormarantes, Sinag6n a los armenios, Aecrofilo a los esclavos, Harf6 a los hunos, Malactra a los negros, Borek a los vaqueros, el viejo Tempestad a los sesinos, el gigante Haucehr a los h6ngaros. Y no sabr6a nombr6slos a todos, porque muchos han llegado de pa6ses de otro lado de Occidente donde jams6 ha acudido ning6n cristiano. Sus espadas de acero, sus mantos, sus sellos dorados, sus lanzas de hierro llamean al sol por millares...»

Un mundo pobre de cultivos y poblaciones aisladas

Frente a este mundo de productores raros: ricos tejidos, cueros repujados, metales preciosos, e incluso, y sobre todo, hierro, la cristiandad occidental es un mundo de materias primas pobres. Apenas comienza a reemplazarse en los edificios m6s importantes, y en primer lugar en las iglesias, la madera por la piedra. Abades y obispos, constructores del siglo XI, se ven aplicar con transposici6n de materiales el elogio que hacia Suetonio de Augusto por haber encontrado una Roma de ladrillo y haberla dejado de m6rmo. Uno de los primeros laicos urbanos que osa hacerse construir una casa de piedra es un natural de Arr6s hacia el a1o 1015. El abad de Saint-Vaast alz6 a la poblaci6n contra el insolente y la casa fue quemada. Las ermitas de piedra son s6lo algo anteriores (la de Langc6is, alzada en 994, es una de las primeras) y su planta revela la influencia de las construcciones anteriores en madera. Esta sustituci6n, a decir verdad, no hace m6s que comenzar, porque la cristiandad occidental permanece todav6a durante mucho tiempo m6s ligada a la madera que a la piedra. Despu6s de su victoria en Hastings (1066), Guillermo el Conquistador hace construir con la piedra extra6da de los alrededores de Caen, que es transportada a costa del tesoro real de Normand6a a Inglaterra, la abad6a votiva de Battle Abbey), pero en cambio manda construir todav6a en madera el castillo destinado a defender el lugar, y es preciso esperar un siglo para que Enrique II en 1171-1172, haga construir en piedra la «torre de Hastings». Un mundo de madera en el cual es tan raro el hierro que los herreros siguen estando aureolados por el prestigio m6gico que les atribu6an las sociedades germ6nicas; por eso los herreros de aldea ocupan durante mucho tiempo en la sociedad campesina medieval un lugar privilegiado. «Desde numerosos puntos de vista, escribe Bartolom6 el Ingl6s hacia 1260, el hierro es m6s 6til para el hombre que el oro.»

Hasta tal punto sigue siendo esencial la madera que el arquitecto seguir6 siendo llamado maestro carpintero casi tantas veces como maestro de obras y se le exigir6 competencia en los dos dominios. En la cristiandad septentrional, adem6s, la falta de piedra en un mundo en donde los transportes son dif6ciles impone durante mucho tiempo el uso de la madera incluso para las construcciones de prestigio, como las iglesias, donde a veces se sustituye la piedra por el ladrillo. Se conoce la larga vida de las iglesias en madera, *stavkirken*, en los pa6ses escandinavos, sobre todo en Noruega, y tambi6n que desde Brema hasta Riga, la arquitectura de ladrillo, recibida de

los Payses Bajos, ha dado a la Hansa su más típico aspecto monumental.

Tampoco hay que olvidar que ni siquiera la madera se ofrecía a los constructores de la Edad Media sin plantarles problemas. La búsqueda de la madera era una empresa ardua en cada obra de carpintería importante: encontrar los árboles idóneos, abatirlos y transportarlos, dependía a veces del milagro. En un célebre texto, Sigerio, abad de Saint-Denis, habla del que le proporcionó las vigas necesarias para la construcción de la famosa basílica, a mediados del siglo xii. «Cuando en nuestro intento de encontrar vigas pedíamos consejos a nuestros carpinteros y a los de París, nos respondían que en su opinión no podríamos encontrarlas en la región, dada la escasez de bosques, sino que tendríamos que obtenerla en la comarca de Auxerre. Todos, sin excepción, se expresaban en el mismo sentido y mucho nos desanimaba tamaño inconveniente y la pérdida de tiempo que parecía implicar. Pero una noche, al ir a acostarme después de matines, reflexioné y decidí adentrarme personalmente en nuestros bosques y atravesarlos en todas direcciones, por ver de ahorrar tiempo y trabajo caso de encontrar en ellos los deseados troncos. Con el alba de la mañana y abandonando todas nuestras otras obligaciones nos dirigimos a buen paso, acompañados de nuestros carpinteros y leñadores al bosque de Iveline. Llegamos en esto, atravesando nuestras tierras al valle de Chevreuse, hicimos llamar a sus guardas forestales y a otros conocedores del bosque para que nos dicesen si podríamos encontrar allí, no importaba con qué esfuerzo, troncos del grueso preciso. Sonrieron sorprendidos y de buena gana hubieran hecho mofa de nosotros si a ello hubiesen podido osar. ¿Acaso desconocíamos por completo que nada semejante podría encontrarse en toda la región, tanto más cuanto que Milo, nuestro alcalde en Chevreuse, que junto a otro había recibido en feudo de nosotros la mitad del bosque, no hubiese dejado intacto uno solo de semejantes árboles, con tal de dotar al castillo de torres y empalizadas? No hicimos caso, sin embargo, de sus pláticas y confiando con audacia en nuestra fe, comenzamos a recorrer el bosque hasta encontrar, tras una hora, un tronco del tamaño adecuado. Pero hubo más. Transcurridas nueve horas o quizá menos y para maravilla de todos y en especial de los del lugar, entresacamos de entre los matorrales y zarzales del bosque hasta doce troncos, exactamente los que nos eran precisos. Transportados a la Santa Basílica, la nueva construcción se vio enriquecida con ellos, para nuestro júbilo y alabanza y gloria del Señor Jesús, que los había preservado del pillaje y conservado para sí mismo y para los santos mártires.»

En efecto, ¿cuál era la realidad física de Occidente a mediados del siglo xii? Una especie de negativo geográfico del mundo musulmán. Es éste un mundo de estepas y de desiertos salpicados de oasis y de algunos islotes con arbolado, el más amplio de los cuales es el Maghreb. Allí, un manto de bosques aglutinados por algunos calveros en donde se instalaban comunidades aisladas (ciudades emporionarias difícilmente visionadas por su pequeño conorno de cultivos; aldeas, castillos, monasterios) mal relacionadas entre sí a través de caminos mal conservados, de un trazado en muchos casos demasado vago, y expuestas a los ataques de bandidos de toda castadura, señoriales o populares. Las relaciones entre ellas se realizan especialmente, cuando son vadeables, a través de los cursos de agua que cortan con su recorrido el alfofado y cerrado bosque. Esta omnipresencia del bosque se plasma en la literatura. Un jahalí, perseguido por Guillermo de Orange y sus compañeros, les lleva desde Narbona a Tours «a través de la foresta». La ciudad está envuelta por los bosques: «Cuando llega a la linde del bosque, ante la ciudad de Tours, Guillermo ordena detenerse bajo el cobijo de los árboles... La noche llega, las grandes puertas de la ciudad se cierran. Cuando ha anochecido totalmente, Guillermo deja a la entrada del bosque a cuatrocientos caballeros y lleva consigo a doscientos... Llegan al foso, grita al portero: «Abre la puerta, baja el puente...» Sin embargo, no siempre aparecía cubierta la tierra por el bosque alto, por el arbolado. El bosque había retrocedido ante el monte bajo no sólo a causa del clima y de la naturaleza del suelo que, especialmente al norte de la cristiandad, había convertido los parajes en el dominio de la landa y los pantanos, sino también por las talas incompletas y temporales que se venían sucediendo desde el Neolítico. Ya se ha visto con qué dificultad logra Sigerio una arbolada accesible.

Pero incluso en el umbral de esta época, que va a ser en el occidente cristiano un período de roturaciones y de conquista de suelos vírgenes (aunque son en primer lugar las landas, los pantanos y los montes bajos, los que son aprovechados) es preciso insistir en este predominio del bosque durante el medioevo. Seguirá siendo el marco natural y psicológico de la cristiandad medieval de occidente. Horizonte de peligros de donde salen las fieras salvajes y los hombres-guerreros y bandidos, peores que animales, pero al mismo tiempo mundo de refugio para los cazadores, los amantes, los eremitanos y los oprimidos. Límite siempre opresor de la prosperidad agrícola, contra el que luchan los difíciles progresos obtenidos en el cul-

tivo, pero, al mismo tiempo, mundo de riquezas al alcance de la mano: bellotas y follaje para la alimentación, madera y carbón de leña, miel salvaje, caza. El cronista (*Gallus Anonymus*) que describe Polonia a principios del siglo xiii enseña cómo esta tierra, que es sólo, con un poco más de exageración, la imagen física de la cristiandad occidental, se halla prisionera entre la opresión y la beneficencia del bosque. «Este país», dice, «a pesar de ser muy boscoso, está bien provisto de oro y plata, de pan y carne, de pescado y de miel...» Sin duda, el valor económico que representa para toda la cristiandad el bosque es el del primitivismo de una economía en donde la recolección desempeña todavía un gran papel. Además, gran número de las alegrías y los terrores de los hombres de la Edad Media, de los siglos xi al xiv, provienen del bosque y se dan en el bosque. ¡Cuántos se han perdido o se han encontrado en él, como Berta la de los pies grandes o Tristán e Isolada!; ¡Qué de miedos y qué de encantamientos han hecho vibrar en él a los hombres, en «el hermoso bosque» de los Minnesänger y los Goliardos, la «selva oscura» de Dante...

La impotencia frente a la naturaleza: ineficacia de la técnica

La más terrible impotencia de los hombres del siglo xi frente a la naturaleza no es ya su dependencia con relación a un dominio forestal donde se van introduciendo más que explotándolo, ya que su débil instrumental (su principal instrumento de ataque es la azuela, más eficaz contra el monte bajo que contra las ramas gruesas o los troncos) impone un freno. Sino que reside sobre todo en su incapacidad para extraer del suelo una alimentación suficiente en cantidad y en calidad.

La tierra es, en efecto, la realidad esencial de la cristiandad medieval. En una economía que es ante todo una «economía de subsistencia», dominada por la simple satisfacción de las necesidades alimenticias, la tierra es el fundamento y casi el todo de la economía. El verbo latino que expresa el trabajo: *laborare*, a partir de la época carolingia significa esencialmente trabajar la tierra, remover la tierra. Fundamento de la vida económica, la tierra es la base de la riqueza, del poder, de la posición social. La clase dominante, que es una aristocracia militar, es al mismo tiempo la clase de los grandes propietarios de la tierra. La entrada en esta clase se hace recibiendo por herencia, o por otorgación de un superior, un regalo, un *beneficium*, un *feudo*. Esencialmente, un trozo de tierra.

Ahora bien, aquella tierra era ingrata. La debilidad de las herramientas impedía cavarla, removerla, quebrantarla con la suficiente fuerza y la necesaria profundidad para hacerla más fértil. El instrumento más primitivo, el antiguo *arado* de madera (en latín, *aratrum*; en flamenco, *ergetouw*; en danés, *ard*, en eslavos, *oralo*; en alto alemán, *erling*) simétrico, sin rueda, que apenas removía la tierra, aún se utilizaba ampliamente incluso fuera de la zona mediterránea, en la cual se había adaptado al relieve y a los suelos ligeros. El uso de otro tipo de arado más moderno (en latín, *carruca*; en germánico, *plug*, voz de misterioso origen, transmitida a las lenguas eslavas en las que, sin embargo, el vocabulario del antiguo eslavos revela el empleo de este instrumento antes del siglo vi) que se extiende sobre todo al norte de la zona mediterránea, seguía siendo embrionario y la debilidad de la tracción por bueyes, que era aún general, no le permitía mostrar toda su eficacia. Es preciso añadir la insuficiencia de los abonos, lo que hacía necesario emplear todo tipo de recursos: como las rentas de estiércol exigidas por los señores, ya fuera bajo la forma de «pote de excrementos» o bajo la modalidad de obligación por parte de los campesinos de hacer acampar a sus rebaños durante un determinado número de días en las tierras señoriales para que dejaran en ellas sus excrementos; o el recurrir a las cenizas de las malezas, a las hojas podridas o a los rastrojos de los cereales; razón por la cual el campesino segaba con su hoz los tallos a media altura o un poco más cerca de la espiga. Todo esto explica la extrema debilidad de los rendimientos. En uno de los raros casos en que ha podido calcularse este rendimiento antes del siglo xii, para el trigo cultivado (en los dominios borgoñones de Cluny en 1155-1156) las cifras oscilan entre 2 y 4 veces lo sembrado y la media parece, antes de 1200, situarse alrededor de 3,10 o un poco por debajo de tres (entre 1750 y 1820 Europa noroccidental alcanzará un índice de rendimiento del 10,6).

Además, las tierras sólo llegaban a producir esos resultados si se las dejaba tiempo para reconstituirse, es decir, incluso en las superficies cultivadas, una gran parte de las tierras permanecían en barbecho, en añojal. Lo más frecuente era que el terreno arable se dividiera cada año en dos partes aproximadamente iguales, y sólo una de ellas producía cosecha. Cada campo no daba más que una cosecha cada dos años: la *rotación bienal* del cultivo era, a mediados del siglo xi, la regla general en Occidente.

Incluso, a veces, muchas tierras no podían mantener ese ritmo de producción y debían abandonarse al cabo de algunos

años: Como compensación, otras tierras se ganaban para el cultivo mediante la roza o quema de bosques. Por tanto la agricultura era devoradora de espacio, extensiva y semi-nómada.

Se comprende que, en estas condiciones, toda inclemencia climática fuese catastrófica. Un mal año, debido a sucesivas lluvias, helada, sequías, enfermedades de las plantas o plagas de insectos, ocasionaba el que las cosechas bajaran por debajo del mínimo necesario para la subsistencia. El hambre amenazaba sin cesar al hombre del siglo xi. Hombres que muy a menudo eran generales en toda la cristiandad. Cuando quedaban localizadas en una región, las poblaciones afectadas encontraban difícilmente remedio para ellas, dado que la debilidad de los rendimientos impedía la constitución de stocks importantes y que la importación de reservas de una región preservada se resentía de esta misma debilidad de excedente. Además del egoísmo y del espíritu particularista, otra deficiencia técnica agravaba el problema: la insuficiencia y la dificultad de los transportes. 1005-1006, 1043-1045, 1090-1095 son años (la repetición de malas cosechas durante dos o tres años resultaban catastróficas) de hambre general, o casi general. Pero entre estos cataclismos comunes no pasa un año sin que un cronista señale aquí o allá la desolación local o regional provocada por el hambre.

Si se abandona el campo de la economía rural, sólo se encuentra una actividad económica superficial que versa sobre cantidades pequeñas, de poco valor, y que sólo interesa a un número restringido de individuos.

La economía doméstica o señorial satisfacía las necesidades esenciales, además de la alimentación: el propio campesino, las mujeres, más raramente un artesano especializado, como el herrero de la aldea, construían las casas, confeccionaban los vestidos, el equipo doméstico y las herramientas rudimentarias, donde lo esencial es de madera, de tierra o de cuero.

Las ciudades que tienen pocos habitantes cuentan también con pocos artesanos y los mercaderes son poco numerosos y sólo comercian productos de primera necesidad, como el hierro, u objetos de lujo: tejidos preciosos, orfbrerías, marfiles, especias. Todo esto requiere poca moneda. La cristiandad no acuña ya piezas de oro. Es hasta tal punto débil la parte que ocupa la moneda, que la economía puede ser calificada de «natural».

A este primitivo estado de la economía corresponde una organización social retrógrada, que paraliza el despliegue económico en tanto que ella misma está condicionada por el primitivismo de las condiciones tecnológicas y económicas.

Los clérigos describen esta sociedad, cada vez más a partir

del año mil, según un modelo nuevo: la sociedad tripartita. «La casa de Dios», escribe hacia 1016 el obispo Adalbertón de Laón que se dirige al rey Roberto el Piadoso, «está dividida en tres: unos ruegan, los otros combaten, y por último los demás trabajan». El esquema, fácil de recoger bajo su forma latina (*oratores, bellatores, laboratores*), distingue por tanto al clero, a los caballeros y a los campesinos. Imagen simplificada, sin duda, pero que corresponde sin embargo, *grossio modo*, a la estructura de la sociedad. El clero, en donde se distinguían las categorías en la época carolingia: clérigos y monjes, tiene cada vez más conciencia de su unidad frente a los laicos.

La aristocracia laica está a punto de organizarse en una clase estructurada en el interior de la jerarquía feudal de los señores y los vasallos, y el carácter militar de esta aristocracia se revela en la terminología: la palabra *miles* (guerrero, caballero) «conoce un éxito particular en el siglo xi». Por último, la masa de los trabajadores, que es una masa campesina, conoce a su vez una unificación impulsada por condiciones jurídicas y sociales: siervos y hombres libres tienden a confundirse en su situación concreta en el grupo de dependientes de un señorío, y se comienzan a llamar indistintamente *villanos* o *rústicos*.

Teóricamente, estas tres clases son solidarias, se proporcionan una ayuda mutua y forman un todo armonioso. «Estas tres partes que coexisten», escribe Adalbertón de Laón, «no sufren por estar desunidas; los servicios prestados por una de ellas son la condición para el trabajo de las otras dos; cada una se encarga a su vez de ayudar al conjunto. De este modo, este triple ensamble no deja de ser uno...»

Punto de vista ideal e idealista que la realidad desmiente y Adalbertón es el primero en reconocerlo: «La otra clase (de laicos) es la de los siervos: esa desgraciada casta no posee nada si no es al precio de su trabajo. ¿Quién podría, con el ábaco en la mano, contar las fatigas que pasan los siervos, sus largas caminatas, sus duros trabajos? Dinero, vestimenta, alimento, los siervos proporcionan todo a todo el mundo; ni un sólo hombre libre podría subsistir sin los siervos. ¿Hay un trabajo que realizar? ¿Quiere alguien meterse en gastos? Vemos a reyes y preladados hacerse los siervos de sus siervos, el dueño es nutrido por el siervo, él, que pretende alimentarle. Y el siervo no ve fin a sus lágrimas y a sus suspiros.»

Más allá de estas efusiones sentimentales y moralistas, hay que observar que la estructura social, si por una parte ofende a la justicia, opone a la vez al progreso lamentables obstáculos. La aristocracia, y esto es válido tanto para la aristocracia eclesiástica como para la laica, monopoliza la tierra y la pro-

ducción. Es indudable que queda un determinado número de tierras sin señor, los *alodios*. Pero los detentadores de un alodio dependen económica y socialmente de los poderosos que controlan la vida económica y la vida social, ya que estos poderosos explotan a los que les están sometidos de una forma estéril y esterilizante. Los dominios son divididos, regularmente, en dos porciones, una explotada directamente por el señor, sobre todo con la ayuda de la mano de obra servil que le debe prestaciones en trabajo, prestación *personal* (*corvée*), y la otra bajo la forma de arrendamientos a los campesinos, siervos o libres, que deben, a cambio de la protección del señor y de esta concesión de tierra, prestaciones: algunos en trabajo y todos en especie o en dinero. Pero ese impuesto señorial que constituye la *renta feudal*, apenas deja a la masa campesina el *mínimum vital*. La gran mayoría de los villanos sólo disponen de una posesión (*tenure*) correspondiente a lo necesario para la subsistencia de una familia (era en la época precedente el *manso*, definido por Beda en el siglo VII como *Terra minus familiae*) y la constitución de un excedente les es prácticamente imposible. Lo más grave es que a la imposibilidad de la clase campesina de disponer de un excedente corresponde la dilapidación de éste por la clase señorial que lo acopia.

De los beneficios de su dominio, una vez apartada a un lado la simiente, los señores apenas reinvienten nada, como hemos dicho. Consumen y despilfarran. En efecto, el género de vida y la mentalidad se combinan para imponer a esta clase gastos improductivos. Para mantener su rango deben unir el prestigio a la fuerza. El lujo de la mansión, de los ropajes, de la alimentación, consume el beneficio de la renta feudal. El desprecio por el trabajo y la ausencia de mentalidad tecnológica hacen que consideren a las manifestaciones y a los productos de la vida económica como presas. Al botín de la renta feudal añaden los impuestos extraordinarios, sobre todo los del comercio que puede pasar bajo su jurisdicción: tasas sobre los mercados y las ferias, pesajes e impuestos sobre las mercancías. Las dos *ta-rifas del *tonlieu** (*peaje*) de Arrás (comienzo del siglo XI y comienzo del siglo XII) percibido por el abad de Saint-Vaast, comprendían una tasa sobre las mercancías intercambiadas por el vendedor y el comprador, un derecho de establecimiento por tener un lugar en el mercado, un derecho de peso y medida con empleo obligatorio de las pesas y medidas de la abadía y un impuesto sobre el transporte. El pago se hacía en parte en dinero y en parte en especie para aquellas mercancías que la abadía no producía por sí misma: sal, hierro y objetos de hierro (guadañas, palas, cuchillos). Hay que añadir las destruc-

ciones que producían las ocupaciones «profesionales» de la aristocracia: guerra y caza. Si se observa ese documento excepcional, que sirve para finales del siglo XI, el borrado de Bayeux llamado «el tapiz de la reina Matilde», un relato en imágenes de la conquista de Inglaterra por los normandos en 1066, se puede ver que el desembarco es seguido de un gran banquete bendecido por el obispo y que la campaña es inaugurada con el incendio de una casa. La guerra medieval es de hecho sistemáticamente destructiva, porque se trata más de debilitar la potencia económica y social del adversario (incendio y destrucción de las cosechas, construcciones y aldeas) que de abatirle militarmente. «El coste económico de la violencia» ha sido considerable en el occidente medieval.

La acción paralizadora de la Iglesia en este campo, a pesar de que en general se ejerce por medios no violentos, no fue menos gravosa. Las cargas que ella impone principalmente sobre los frutos de la tierra, sobre el ganado, y, también, sobre todos los productos de la actividad económica, pesan sobre la producción más que cualquier otra exacción. El desprecio que precedía, aunque no siempre lo pone en práctica ella misma, hacia las actividades terrestres, la «*vita activa*» refuerza la mentalidad antieconómica. El lujo con que envuelve a Dios (riqueza de los edificios, que exigen de un modo desproporcionado en relación con las condiciones normales materiales de construcción, mano de obra, objetos preciosos y lujos ceremoniales) realza una punición severa sobre los mediocres medios de la miserable cristiandad. Los grandes abades del siglo XI son felicitados tradicionalmente por los cronistas y los hagiógrafos por el interés que manifiestan en el *opus aedificiale*, en la obra de construcción y ornamentación de las iglesias. Por ejemplo, el austero San Pedro Damiano, muerto en 1049, sienta en primer lugar al hablar de sus méritos, sus títulos de gloria y de pieddad, su «glorioso celo para construir, adornar y restaurar, al precio de adquisiciones hechas en todas partes, los edificios de los santos lugares». Y tanto San Hugo, abad de Cluny de 1049 a 1109, como Didier, abad de Montecassino de 1058 a 1087, ya eran famosos en su época por ser los constructores de dos maravillas arquitectónicas. Pero este lujo suscitó ya entonces reacciones: los herejes de Arrás en 1035 niegan que el culto requiera edificios particulares, y en el mismo seno de la Iglesia se dan algunos casos de rechazo, como el de San Bruno, que desde 1084 vigila para que el monasterio de la Gran Carruja sea lo más sobrio posible.

Para arbitrar los conflictos de esta sociedad primitiva hubiera

sido preciso un estado fuerte. Pero el feudalismo había hecho desaparecer el estado y hacia pasar, a través del juego de las inmunidades y las usurpaciones, lo esencial del potencial público a manos de los señores. La Iglesia, que participa por sí misma en la opresión de las masas, está además en poder de los laicos, es decir, de la aristocracia feudal, que nombra abades, curas, obispos y les da la investidura de sus funciones religiosas al mismo tiempo que la de sus feudos. También el poder real e imperial es en parte cómplice y en parte impotente. Cómplice, porque el emperador y las leyes son la cabeza de la jerarquía feudal. Impotente, porque cuando quiere imponer su voluntad no posee ni los recursos financieros ni los medios militares suficientes, lo esencial de los cuales proviene de sus propias rentas señoriales y de la servidumbre feudal. En este punto todavía hay una anécdota más significativa. Según el cronista Juan de Worcester, el rey Enrique I de Inglaterra, estando en Normandía en 1130, tuvo una pesadilla. Vio sucesivamente que le amenazaban las tres categorías de la sociedad: primero los campesinos con sus herramientas, después los caballeros con sus armas, y, por fin, los obispos y abades con las suyas. «Y he aquí lo que atemoriza a un rey vestido de púrpura, cuya palabra, según dice Salomón, debe aterrorizar como el rugido del león.»

Todo esto se debe a que, en efecto, según las teorías de la época, que influyen profundamente en las mentalidades, esta estructura social es sagrada, de naturaleza divina. Las tres categorías son *ordenes* salidos de la voluntad divina. Rebelarse contra ese orden social es rebelarse contra Dios.

Calamidades y terrores

Acetada por el hambre, la masa oprimida de los cristianos del siglo XI vive en la miseria fisiológica, especialmente lastimosa en las capas inferiores de la sociedad. Las hambres, la subalimentación crónica, favorecen ciertas enfermedades: la tuberculosis, el cáncer y las enfermedades de la piel, que manifiestan una espantosa mortalidad infantil y propagan las epidemias. El ganado no está exento de ellas y las epizootias acrecientan las crisis alimenticias y debilitan la fuerza animal de trabajo, agravando así las necesidades económicas. Rodolfo el Lampiño (Raul Glaber) cuenta que durante la gran hambre de 1032-1033 «cuando se comieron las bestias salvajes y los pájaros, los hombres se pusieron, obligados por el hambre devoradora, a recoger para comer todo tipo de carroñas y de cosas horribles

de describir. Algunos, para escapar de la muerte, recurrieron a las raíces de los bosques y a las hierbas. Un hambre desesperada hizo que los hombres devoraran carne humana. Dos viajeros fueron muertos por otros más robustos que ellos, sus miembros despedazados, cocidos al fuego y devorados. Muchas gentes que se trasladaban de un lugar a otro para huir del hambre y encontraban en el camino hospitalidad, fueron degolladas durante la noche y sirvieron de alimento a aquellos que les habían acogido. Muchos, enseñando a los niños una fruta o un huevo los atraían a lugares apartados, los asesinaban y los devoraban. Los cuerpos de los muertos fueron arrancados de la tierra en muchos lugares y sirvieron también para calmar el hambre. En la región del Mácón muchas personas extrañan del suelo una tierra blanca que se parecía a la arcilla, la mezclaban con lo que tenían de harina o de salvado y hacían con esta mezcla panes, gracias a los cuales esperaban no morir de hambre; pero esta práctica no aportaba más que la esperanza de salvación y un consuelo ilusorio. Sólo se veían rostros pálidos y demacrados, muchos presentaban una piel salpicada de inflamaciones; incluso la voz humana se hacía endeble, parecía a pequeños gritos de pájaros expirando...»

La misma letanía sobre la mortandad se puede encontrar en todos los cronistas de la época. Desde 1066 a 1072 según Adán de Brema «el hambre reinó en Brema y podían hallarse muchos pobres muertos en las plazas públicas». En 1083, en Sajonia «el verano fue abrasador; muchos niños y viejos murieron de disenterías». En 1094, según la crónica de Cosme, «hubo una gran mortalidad, sobre todo en los países germánicos. Los obispos que volvían de un sínodo en Máguncia pasando por Amberg, no pudieron entrar en la iglesia parroquial, que sin embargo era amplia, para celebrar misa, porque todo el pavimento estaba cubierto de cadáveres...»

El cornezuelo del centeno, un parásito del centeno y de otros cereales, aparecido en Occidente a fines del siglo X, continúa sus devastaciones. Descendena grandes epidemias de la gangrena del cornezuelo, el «fuego sagrado» o «fuego de San Antonio» que hizo grandes daños en 1042, 1076, 1089 y 1094. En 1089, escribe el cronista Sigilberto de Gemblour, «muchos se pudrían hechos pedazos, como quemados por un fuego sagrado que les devoraba las entrañas; sus miembros entrojados poco a poco, ennegrecían como carbones: morían de prisa y caían atrosos sufrimientos o continuaban sin pies ni manos una existencia todavía más miserable; otros muchos se retorcián con contorsiones nerviosas».

Los *shocks* físicos se prolongaban en perturbaciones de la

sensibilidad y en traumas mentales. Por todas partes se multiplicaban los signos anunciadores de calamidades.

En 1033, según Rodolfo el Lampiño, «el tercer día del calendario de julio, sexta feria, día veintiocho de la luna, se produjo un eclipse de sol que duró desde la sexta hora de ese día hasta la octava, y fue verdaderamente terrible. El sol adquirió el color del zafiro y llevaba en su parte superior la imagen de la luna en su primer cuarto. Los hombres, mirándose unos a otros, se veían pálidos como muertos. Todas las cosas parecían bañadas de un vapor color azafrán. Entonces, un estupor y un terror inmenso se adueñó del corazón de los hombres. Este espectáculo, lo comprendían bien, presagiaba algún desastre lamentable que iba a abatirse sobre el género humano...».

El invierno de 1076-1077, según un cronista, fue tan riguroso en la Galla, en Germania y en Italia que «las poblaciones de numerosas regiones temblaban con un miedo similar ante la posibilidad de que volviera la época terrible en la que José fue vendido por sus hermanos, « los que la privación y el hambre habían hecho huir a Egipto...».

Siglo de grandes terrores colectivos, el siglo XI es aquel en el que el diablo ocupa su lugar en la vida cotidiana de los cristianos de Occidente. «A las vicisitudes de todo tipo», añade aún Rodolfo el Lampiño, «a las variadas catástrofes que ensordecían, aplastaban, y embrutecían a casi todos los mortales de aquel tiempo, se añadían los desmanes de los espíritus malignos...» Aparición del diablo, que el mismo Rodolfo el Lampiño ha visto bajo la forma de un «hombre diminuto, horrible a la vista... con cuello endoble, un rostro demacrado, ojos muy negros, la frente rugosa y crispada, las narices puntiagudas, la boca prominente, los labios abultados, la barbilla huidiza y muy estrecha, una barba de chivo, las orejas veludas y aliadas, los cabellos erizados como una maza, dientes de perro, cráneo puntiagudo, el pecho hinchado, una joroba sobre la espalda, las nalgas temblorosas...». Siglo XI, en el que el miedo colectivo se alimenta con las escenas apocalípticas que multiplica el arte románico naciente.

En este estado donde todo parece que se acaba, para volver a usar la expresión de Rodolfo el Lampiño, los hombres sólo encuentran refugio y esperanza en lo sobrenatural. La sed de milagros se multiplica, la búsqueda de reliquias se intensifica, y la arquitectura románica ofrece a la devoción de los fieles todas las facilidades para esa piedad, ávida de ver y de tocar: numerosos altares, capillas y deambulatorios.

La floración intelectual de la época carolingia, ambiciosa a

pesar de sus límites, de la que Gerberto ha sido el último gran testigo, se borra ante una literatura más inmediatamente utilizable frente a los peligros: obras litúrgicas y devotas, crónicas llenas de supersticiones. Ante tantos peligros evidentes y ante signos tan claros, dedicarse a las ciencias profanas sería locura. El desprecio del mundo, el *contemptus mundi* se da en un Gerardo de Canad (muerto en 1046), un Otloh de Saint-Emmeran (1010-1070), y sobre todo en San Pedro Damiani (1007-1072): «Platón escucharía los secretos de la misteriosa naturaleza, fija los límites de las órbitas de los planetas y calcula el curso de los astros: lo rechazo con desdén. Pitágoras divide en latitudes la esfera terrestre: hago poco caso de ello; ... Euclides se entrega a los problemas complicados de sus figuras geométricas: yo lo aparto del mismo modo; en cuanto a todos los retóricos con sus silogismos y sus cavilaciones sofísticas, los descalifico como indignos...» La ciencia monástica se replega a posiciones místicas. La ciencia urbana balbucea: a pesar de Fulberto (muerto en 1028), la escuela episcopal de Chartres no brilla todavía. Incluso en la Italia septentrional, donde en Pavia y en Milán se encuentra sin duda el medio escolar más vivo (Abthémar de Chabannes declara hiperbólicamente: «*In Longobardia est fons sapientiae*» (la fuente de la sabiduría está en Lombardía), la actividad intelectual es muy débil: de su principal representante a mediados del siglo XI, Anselmo de Besate, llamado el Peripatético, autor de una *Rhetorimachia*, se ha podido decir que justificaba abundantemente la acusación de puerilidad que recala sobre él y sus colegas.

La cristiandad occidental revela a mediados del siglo XI debilidades estructurales en todos los campos, desventajas fundamentales considerables: una técnica y una economía atrasadas, una sociedad dominada por una minoría de explotadores y dilapidadores, la fragilidad de los cuerpos, la inestabilidad de una sensibilidad tosca, primitivismo del instrumental lógico, el imperio de una ideología que predica el desprecio del mundo y de las ciencias profanas. E indudablemente todos estos rasgos se seguirán dando a lo largo de todo el período que abordamos y que, sin embargo, es el de un despertar, un auge, un progreso.

Los triunfos de Occidente

A partir de 1050-1060 se pueden descubrir los primeros signos de ese desarrollo y captar sus resortes. La cristiandad medieval, al lado de sus debilidades y sus desventajas, dispone

de estimulantes y triunfos. Los analizaremos y los veremos actuar en la primera parte de este libro. Es preciso señalarlos a partir de ahora.

Lo más espectacular es el aumento demográfico. Por múltiples índices se ve que la población de Occidente crece sin cesar a mediados del siglo XI. La duración de esta tendencia prueba que la vitalidad demográfica era capaz de superar los estragos de una mortandad estructural y coyuntural (la fragilidad física endémica y las hecatombes de las hambrues y las epidemias), y el hecho más importante y más favorable es que el crecimiento económico supera a este crecimiento demográfico. La productividad de la población fue superior a su consumo.

La base de este auge occidental fue, en efecto, un conjunto de progresos agrícolas a los que, no sin alguna exageración, se ha dado el nombre de «revolución agrícola». Los progresos en las herramientas (arado con ruedas, utensilios de hierro) y los métodos de cultivo (rotación trienal), a la vez que el acrecentamiento de las superficies cultivadas (desmontes) y el aumento de la fuerza de trabajo animal (el buey es reemplazado por el caballo; nuevo sistema de enganche), han supuesto un aumento de los rendimientos, una mejora en la cantidad y en la calidad de los regímenes alimenticios.

El desarrollo artesanal, y en algunos sectores puede decirse que incluso industrial, duplica el progreso agrícola. Desde el siglo XI es sorprendente en un dominio: el de la construcción. La construcción del «blanco manto de iglesias» de que habla Rodolfo el Lampiño lleva consigo el desarrollo de técnicas de extracción y de transporte, el perfeccionamiento de las herramientas, la movilización de grandes masas de mano de obra, la búsqueda de medios más potentes de financiación, la incitación al espíritu de aventura, y de perfeccionamiento de los descubrimientos, y, por último, la movilización en determinadas obras de gran tamaño (iglesias y castillos) de un conjunto de medios técnicos, económicos, humanos e intelectuales excepcionales.

Sin embargo, los centros de atracción esenciales y los principales motores de la expansión se hallan quizá en otra parte. Los excedentes demográficos y económicos impulsan la formación y el crecimiento de centros de consumo: las ciudades. Indudablemente, el progreso agrícola es el que permite y alimenta el auge urbano. Pero en cambio éste crea obras donde se desarrollan experiencias técnicas, sociales, artísticas o intelectuales decisivas. La división del trabajo que se realiza en ellas lleva consigo la diversificación de los grupos sociales y da un impulso

nuevo a la lucha de clases que hace progresar la cristiandad occidental. La aparición de excedentes agrícolas y el desarrollo de centros de consumidores, aumentan la participación de la moneda en la economía. Este progreso de la economía monetaria trastorna a su vez todas las estructuras económicas y sociales, y va a ser el motor de la evolución de la renta feudal. Después de una larga fase de desarrollo y de adaptación del mundo feudal a estas condiciones nuevas, estallará una crisis al final del siglo XIII y en el XIV, de la que saldrá el mundo moderno precapitalista. La historia de las transformaciones de la sociedad de la cristiandad medieval, entre este despertar y esta crisis, es el tema de este libro.

A partir de 1060 aparece ya el nuevo Occidente, por lo menos en dos zonas de la cristiandad: al noroeste de la baja Loaringia y en Flandes, donde se pueden resaltar dos de sus manifestaciones espectaculares, el éxito inicial del movimiento social y político urbano con la caída de las franquicias de Huy (1066) y las primeras obras maestras del arte del Mosa. Hay que señalar además que esta floración afecta del mismo modo a los centros monásticos tradicionales que a los focos urbanos en expansión. Al lado de la escuela episcopal de Lieja, cuyo gran hombre es el obispo Wazo († 1048), los talleres de Huy y de Dinant, las abadías, en muchos casos además urbanas, de Lobbe, de Waulsort, Stavelot, Saint-Hubert, Gembloux, Saint-Trond, Saint-Jacques y Saint-Laurent de Lieja y, algo más lejos, Saint-Vanne de Verdún y Gorze, se hallan en el más alto grado de irradiación. Es preciso señalar que sería estéril y falso oponer demasiado radicalmente los aspectos de civilización que, a pesar de pertenecer unos a la tradición del pasado y los otros al porvenir, por no decir a lo nuevo, han sido captados en el mismo impulso y son dos caras de un mismo rostro, el de esta cristiandad *bifronte* de la Edad Media.

Podemos situar otro foco al sur de la cristiandad, en Italia septentrional, donde las revueltas de Milán entre 1045 y 1059 (la de los burgueses y la de los patricios) revelan, a través del replantamiento de las estructuras políticas y de las prácticas religiosas, la eclosión de una economía, de una sociedad y de una mentalidad nuevas. En las costas italianas, los primeros triunfos de Venecia, Génova, Pisa y Amalfi, completan esta **impresión, destacando la parte que el gran comercio empieza a desempeñar en las transformaciones de Occidente.**

El sincronismo de estos dos fenómenos, al norte y al sur, significa también que las llanuras septentrionales, teatro principal del auge demográfico y del progreso agrícola, van a des-

empeñar un papel de primer plano en la cristiandad y a acen-
tuar el desplazamiento hacia el norte de los centros motores
de Occidente; pero el mundo mediterráneo se halla lejos de
haber perdido su importancia.

Por último, podemos decir que en toda la cristiandad, desde
Asturias a Escandinavia, a la Gran Polonia y a Hungría, el
ímpetu ascendente de Occidente deja un signo de su fuerza
creadora: el arte románico.

2. Aspectos y estructuras económicas

La expansión de Occidente se afirma en todos los frentes en
la segunda mitad del siglo xi y en el siglo xii, y a veces pa-
rece difícil distinguir en las formas que adquiere lo que es
causa de lo que es consecuencia. Pero es preciso intentar captar
su estructura.

El impulso demográfico: más brazos, más bocas, más almas

Su aspecto más sorprendente es el impulso demográfico. Ante
la ausencia de documentos directos y de datos numéricos es
preciso captarlo mediante índices que son su signo indirecto e
intentar evaluarlo con amplias aproximaciones.

El signo más aparente es la extensión de las superficies cul-
tivadas. El siglo y medio que transcurre entre 1060 y 1200 es
el período de las grandes roturaciones medievales. En este punto
los documentos son innumerables. Las cartas de población son
las que definen las condiciones de establecimiento y de reva-
lorización de los terrenos concedidas por los señores a los
roturadores, llamados en general, en los documentos latinos,
hospites o *coloni*, *hótes* o colonos. También es significativa la
toponimia de las aglomeraciones que datan de este período:
assaria, *arliguer*, *plains* y *mesnils* en francés; topónimos alemanes
en *-rude*, *-rade*, *-ingerode*; *-roth*, *-reuth* y *-riet* en Alemania
del sur; *-holz*, *-wald*, *-forst*, *-hausen*, *-hain*, *-hagen*, *-bruch*, *-brand*,
-scheld, *-schlag* (a pesar de que para esta última decena de
siglos la cronología no sea todavía muy segura), lo mismo que
ocurre con los topónimos ingleses en *-ham* o los daneses en
-rup). También es revelador el testimonio de los catastros que
resalta los planos de las aldeas y los territorios que han de
roturarse en damero o en «espina de pezcazo» o *herring bone*
(*Hausenbücher* o *Waldbausenbücher* alemanes). Y también los
diseños naturales establecidos por el clero sobre esos terrenos
que eran ganados para el cultivo: (*novatia*, impuestos sobre
los «rastreros» o *Gewannfluren*). Por ejemplo, en el año 1060
el rey de Francia Felipe I confirma la donación de un bosque
en Normandía hecha por un laico a los monjes de Marmoutier,
que, además del diezmo de la miel y los productos de la re-
colección, les concede el diezmo *novale* sobre toda cosecha que
provenga de las roturaciones en los bosques. A comienzos del

siglo XIII el preboste de la catedral de Mantua declara que, en menos de un siglo, las tierras de un gran dominio de la Iglesia han sido «*truncatae et aratae et de nemoribus et paludibus traciae et ad usum panis reduciae*» (roturadas y trabajadas, y convertidas del estado de bosque en que se encontraban en tierras buenas para el pan).

Esas ganancias en el cultivo se hacen a expensas de muy diversos terrenos. Se piensa especialmente en el bosque. Pero si el retroceso del bosque es real, hay que recordar que está bien protegido por los derechos y los intereses de los individuos y las comunidades: lugar de caza, de recolección, de pasto para los ganados, el bosque es en muchos casos tan valioso como la tierra arable y la resistencia que opone a la debilidad de las herramientas empleadas refuerza su poder de defensa. La zona exterior de los antiguos terrenos, sometida ya a rozas temporales, pero menos defendida por simples tallos o malezas (el *ouitfeld* inglés, la *terre geste* provenzal), es la que ofrece el terreno más favorable para estos ataques de los roturadores y sus avances, que cortan en avanzadas estrechas el límite forestal en vez de hacerle retroceder en un amplio frente. De ello resultan esos márgenes mixtos del paisaje medieval tan bien descritos por Wolfram von Eschenbach en *Parzival*: «poco a poco el bosque aparece todo mezclado; aquí una avanzadilla de árboles, allá un campo, pero tan estrecho que apenas se puede levantar en él una tienda. Después, mirando ante sí, percibe un terreno cultivado...» Los campos ganados para la agricultura o la ganadería son también las tierras menos fértiles, tierras «*fitas*», *bed lands*. Son los pantanos y las franjas litorales que gracias a la construcción de diques y al drenaje mediante canales transforman las llanuras de las orillas del mar del Norte en polders. Flandes, Holanda, Frisia y la antigua Anglia oriental ven en el siglo XI y XII establecerse «ciudades de dique» (*dýke villages*, *terpen* frisones). En 1106 una famosa carta concedida por el arzobispo Federico de Hamburgo otorga a los holandeses terreno para desecar cerca de Brema. Un acta del siglo XIII de la abadía de Bounburgo, en el Flandes marítimo, recuerda la donación hecha al abad por el conde de Flandes Roberto II, entre 1093 y 1111, del *schorre* (en holandés, tierra ganada recientemente al mar) y de todo lo que anadiera conquistándose al mar («*aquicquid ibi accreverit per iactum maris*). Igual de impresionantes son los trabajos que en la misma época desecan y drenan la llanura del Po y los valles bajos de sus afluentes, al mismo tiempo que, gracias a la roturación, se ganan las vertientes septentrionales de los Apeninos: entre 1077 y 1091 el marqués Bonifacio de Canossa divide su territorio en 233 *mansos*

(parcelas que concede a familias campesinas a cambio de que las roturen y las pongan en cultivo).

Toda una serie de cálculos y deducciones fundados sobre índices indirectos, entre los cuales el más espectacular es el de la extensión de los cultivos, han servido para evaluar el aumento de la población europea como sigue: 46 millones hacia 1050, 48 hacia 1100, 50 hacia 1150, 61 hacia 1200 (y la cifra aumentará hasta 73 millones hacia 1300).

Las consecuencias cuantitativas de este impulso demográfico son claras: la cristianidad aumenta aproximadamente un tercio el número de bocas que hay que alimentar, cueros que hay que vestir, familias que hay que alojar y almas que es preciso salvar. Necesita por tanto aumentar la producción agrícola, la fabricación de objetos de primera necesidad, en primer lugar los vestidos y la construcción de viviendas, y, antes que ninguna, aquellas en donde se realiza esencialmente la salvación de las almas: las iglesias. Las necesidades fundamentales de la cristianidad de los siglos XI y XII, las urgencias que debe satisfacer primeramente son el desarrollo agrícola, el progreso textil y el auge de la construcción.

La revolución agrícola

El desarrollo agrícola que indudablemente se produce desde el período carolingio, por lo menos en determinadas regiones de Europa (concretamente al noroeste), probablemente es más una causa que un efecto del crecimiento demográfico. Este progreso de la producción agrícola no sólo se manifiesta en la extensión, ya que al aumento de las superficies cultivadas se añade un progreso cuantitativo y cualitativo en los rendimientos, la diversificación de los productos y de los tipos de cultivo y el enriquecimiento de los regímenes alimenticios. Lo que se llama la «*revolución agrícola*» se expresa tanto en un conjunto de progresos técnicos como en la ampliación del espacio productivo.

El primero de esos perfeccionamientos técnicos es la difusión del arado *salinético* con ruedas y vertedera. Este tipo de arado renueva más profundamente la tierra, la ablanda más, trabaja las tierras pesadas o duras que el arado tradicional no podía penetrar o sólo podía aflorar; asegura una mejor nutrición a la semilla y, por tanto, un rendimiento superior.

Su acción, además, resulta más eficaz debido a la mejora en la tracción animal. La difusión del «sistema moderno de *en-punche*», que reemplaza al antiguo sistema que se aplicaba al

pecho del animal y le comprimita, le ahogaba y disminuía su potencia (el collarón para los caballos y el yugo frontal para los bueyes) permite una mayor eficacia del esfuerzo: la tracción de un peso cuatro o cinco veces mayor. El método de herraje, al mismo tiempo, da más firmeza a la marcha del ani-

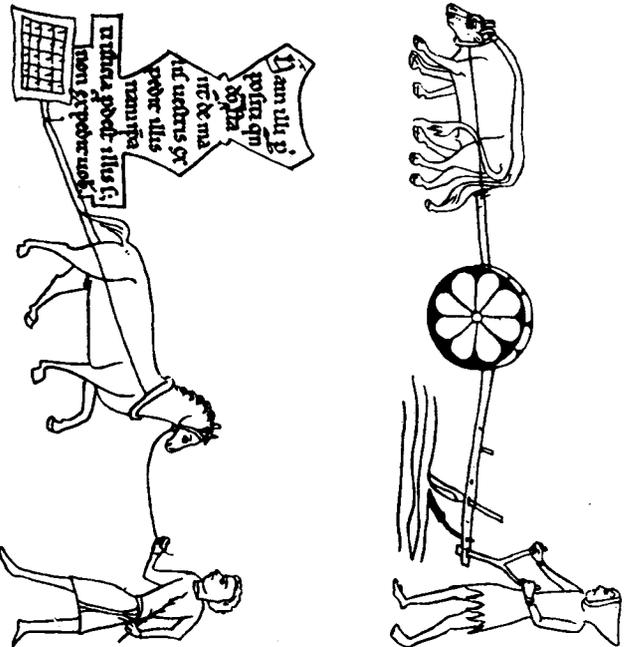


Fig. 2. Adelantos de la agricultura: arado, ruedas y rasura.

mal. De este modo el caballo, al que el antiguo sistema de tiro apartaba del trabajo en los campos porque no lo soportaba como el buey, puede si no sustituirle, por lo menos reemplazarle sobre un número cada vez mayor de tierras. Porque el caballo, más rápido que el buey, tiene un rendimiento superior. Experiencias modernas han probado que un caballo que realiza el mismo trabajo que un buey lo hace a una velocidad que aumenta su productividad en un 50 por 100. Además el caballo, más resistente, puede trabajar una o dos horas más por día. Este aumento en la rapidez del trabajo no sólo representa un progreso cuantitativo. Permite además aprovechar mejor las

circunstancias atmosféricas favorables para labrar y plantar. Y por último, el caballo permitió al campesino habitar más lejos de sus campos y, en determinadas regiones, favoreció la construcción de grandes burgos en vez de pequeñas aldeas o caseríos dispersos, con lo que una parte del campesinado pudo acceder a un género de vida semi-urbano, con las ventajas sociales que esto lleva consigo.

Al mismo tiempo, la potencia de los animales de tiro, acrecentada aún más por la difusión del *enganche en fila*, permitió aumentar la capacidad de los transportes. A partir de la primera mitad del siglo xii la gran carreta (*longa carretta*) con cuatro ruedas se difundió junto a la tradicional carretilla de dos ruedas. El nuevo sistema de enganche y el empleo del caballo desempeñaron un papel capital en la construcción de las grandes iglesias que necesitaban el transporte de grandes piedras y grandes maderos. Los escultores, en la cima de las torres de la catedral de Laon, han magnificado en la piedra el esfuerzo de los bueyes de tracción que, gracias al progreso de los sistemas de enganche y acarreo, pudieron asegurar la edificación de las catedrales.

A todo esto hay que añadir el progreso decisivo que supuso para las herramientas el empleo del hierro, cada vez en mayor medida a partir del siglo xi. De todas formas es indudable que el hierro todavía no se utilizó más que para la construcción de algunos instrumentos (los mangos, por ejemplo, siguieron siendo de madera). Pero lo esencial para el aumento de la potencia del instrumental medieval fue que las partes cortantes o contundentes de las herramientas, comenzando por las rejas del arado, pudieran utilizarse en mayor cantidad. Si se añaden además instrumentos del tipo del rastillo, que puede verse por vez primera en el tapiz de Bayeux de finales del siglo xi, en cuya tracción se empleó preferentemente al caballo, se observa hasta qué punto la tierra, mejor trabajada, pudo llegar a ser más generosa. En 1100, por ejemplo, se habla de un *ferrarius qui vendit ferrum in foro*, un mercader de hierro en el mercado de Bourges. Pero a mediados del siglo xii es cuando parece generalizarse la explotación y el empleo del hierro. Una serie de actas de los condes de Champaña autorizan en aquel momento a las abadías a tomar mineral o a poseer una forja (La Crête en 1156, Charval en 1157, Boulaucourt e Igny en 1158, Aubertive en 1160 y otra vez Charval y Congy en 1168). Un ejemplo, aunque ciertamente es ajeno al campo agrícola, manifiesta el desarrollo del empleo del hierro a mediados del siglo xii: desde 1039, una serie de curiosos contratos de préstamos venecianos muestra que los patrones de los

navíos alquilaban en el momento de partir un ancla de hierro a un precio muy elevado y la devolvían al regresar. El último de estos contratos data de 1161. En este momento todo navío debía poseer su ancla.

Diversos testimonios del siglo XIII atestiguan que los progresos técnicos que hemos enumerado estaban ya ampliamente extendidos. El uso del arado con ruedas se había generalizado hasta el punto de que Joinville en la Cruzada se extraña al ver a los campesinos egipcios arar con «un arado sin ruedas». Las grandes carretas de cuatro ruedas se utilizaban con bastante frecuencia, tanto que la frase «ser la quinta rueda de la carreta» designa proverbialmente a una persona sin importancia. Los caballos de trabajo no aparecen en el *Domeday Book* (1086) y las alusiones a la extracción o al trabajo del hierro son raras. Pero a mediados del siglo XII, en Inglaterra, por lo menos en el centro y en el este, aparecen los caballos asociados a los bueyes y una serie de abadías inglesas se beneficiaban de los mismos privilegios concernientes a la metalurgia que las abadías de Champaña o Borgoña citadas más arriba.

Hay además otro progreso que afecta también profundamente a la agricultura en este período: el desarrollo de la rotación de cultivos trienal (*Dreitelderwirtschaft, three field rotation, assolument triennial*).

Como faltaban abonos suficientes para que la tierra cultivada se pudiera reconstruir con rapidez, las superficies puestas en cultivo debían dejarse en reposo durante un cierto tiempo. Incluso en los territorios roturados había siempre una porción que se dejaba sin cultivar: en *barbecho*. De ello resultaba una rotación de cultivos que, tradicionalmente, debía reposar durante un año cerca de la mitad del suelo; después se sembraba por un año la mitad que había permanecido en barbecho; era la sucesión de cultivos bienal. Ello suponía el desperdicio de un 50 por 100, aproximadamente, de la producción que podía extraerse de la superficie cultivada. La sustitución de este sistema por el trienal tenía evidentes ventajas. En primer lugar, la superficie cultivada se dividía en tres porciones o *suelos* sensiblemente iguales, y sólo una de ellas se dejaba anualmente en barbecho, con lo que la producción pasaba de la mitad a los dos tercios y había, por tanto, una ganancia cuantitativa de un sexto de la cosecha con relación al conjunto de la superficie cultivada y de un tercio con relación a la cosecha obtenida mediante el método de sucesión de cultivos bienal. Pero el progreso era también cualitativo. Los cultivos que se hacían sobre los suelos sembrados eran distintos. Unos se sembraban en otoño y daban cereales de invierno (trigo, centeno), otros

se sembraban en primavera con avena, cebada o leguminosas (guisantes, judías, lentejas y, poco después, repollos) y el tercer suelo permanecía en barbecho. Al año siguiente el primer suelo recibía plantas de verano, el segundo quedaba en barbecho y el tercero se sembraba con cereales de invierno. De este modo había una diversificación factible de los cultivos alimenticios que proporcionaba una triple ventaja: alimentar al ganado al mismo tiempo que a los hombres (desarrollo del cultivo de la avena), luchar eventualmente contra el hambre al tener la posibilidad de compensar una mala cosecha de primavera por una mejor cosecha en otoño (o inversamente, según las condiciones meteorológicas) y variar los regímenes alimenticios e introducir en la alimentación principios energéticos, concretamente las proteínas, muy abundantes en las legumbres que se sembraban en primavera. La paraja cereales-legumbres llegó a ser tan normal que el cronista Oderico Vital al hablar de la reguía que afecta en 1094 a Normandía y Francia dice que destruye «*segetes et leguminas*», (mises y legumbres). El folclore recoge el testimonio de estas nuevas costumbres rurales que se convirtieron en uno de los símbolos de la vida campesina.

Una antigua canción inglesa dice:

*Do you, do I, does anyone know,
How oats, peas, beans and barley grow?*

Y una antigua tonada francesa pregunta:

Savez-vous planter les choux?

Sin duda alguna por entonces es cuando se adquirió la cosecha en algunas regiones de meter en el roscón de reyes, en la Epifanía, el haba (*haba*), símbolo de la fecundidad.

El aumento de rendimiento obtenido por la difusión de la alternancia de cultivos trienal permitió, al mismo tiempo, reducir la porción de tierra empleada en cultivar grano en beneficio de determinados cultivos especializados: principalmente plantas tintóreas (la rubia y el glisto) y, sobre todo, viñedos. En el caso del marqués Bonifacio de Canossa, citado más arriba, los contratos de arrendamiento de los *mansionarii* favorecían sobre todo la plantación de viñas. En Francia se desarrollaron a partir del siglo XI los contratos de *plantio gratis* a los cuales los cultivadores obtenían del propietario de las tierras no cultivadas, o incluso, aunque más raramente, del propietario de tierras arables, la autorización para plantar viñas en las condi-

ciones siguientes: «Un cultivador iba a buscar al propietario de una tierra sin cultivar, y a veces de una tierra arable o de una viña decrepita, y le rogaba que se la cediese, comprometiéndose a plantar en ella cepas. El propietario, cuyos intereses se beneficiaban con esta petición, le dejaba como dueño absoluto del terreno durante cinco años, el tiempo que se consideraba necesario para la realización de diversas operaciones (defondamiento, labranza, abono, plantación, injertos, labores diversas) largas, costosas y delicadas, sin las que no puede crearse un viñedo y ponerlo en pleno rendimiento. Cuando expiraba este plazo, la viña se dividía en dos partes iguales, una de las cuales pasaba en completa propiedad al autor de la concesión y la otra permanecía en manos del concesionario, según condiciones jurídicas variables que iban, en los distintos casos, tiempos y países, desde la plena propiedad al simple disfrute vitalicio de las mejoras, pero, salvo raras excepciones, con la carga de una renta anual que a veces se pagaba en dinero, pero que generalmente consistía en una parte proporcional de la cosecha». En el nombre de algunos lugares o de algunas fincas se encuentran los topónimos *les plantes*, el *plantay* o el *plantey*, el *plantier* y los *plantieurs* que recuerdan los territorios sembrados con viñedos gracias a los contratos de *plantio*, o el *quart* (el cuarto) que conserva el recuerdo de la cantidad de renta que se debía pagar al propietario. La finca llamada *Quart de Chaurmes* (Anjou, valle del Layon) ha conservado el recuerdo no sólo de la renta sino también de las tierras en baldío medievales sobre las que se estableció la viña.

Pero no hay que olvidar que la difusión y la cronología de estos progresos agrícolas unidos al desarrollo demográfico han variado de un lugar a otro de la cristiandad. Las condiciones geográficas, demográficas, sociales, y las tradiciones agrarias explican esta diversidad. Por eso, la sucesión trienal de cultivos no sólo ha penetrado en las tierras de buena calidad y bien explotadas (principalmente por los señores eclesiásticos) sino que además no ha rozado prácticamente las regiones meridionales, donde las condiciones del suelo y las climáticas favorecieron o impusieron el mantenimiento del sistema de rotación bienal. En la Europa septentrional y central, que era el ámbito preferido del cultivo en campos *quemados* por *rozos* y del cultivo mixto «campos-bosques» (*feldbauwirtschaft* en lugar de *feldgraswirtschaft*), la amenaza del retroceso natural, mediante la reconquista realizada por el bosque de las tierras baldías y en barbecho, redujo considerablemente durante la Edad Media los progresos del sistema de rotación, tanto bienal como trienal. En estas regiones, y principalmente en Escandinavia, se dio un

sistema de «cultivo permanente» (*Einfeldwirtschaft* o *Dauerwirtschaft*) que ha continuado predominando. En Europa central y oriental, donde la oleada demográfica parece haber llegado con una cierta ruptura, no se difundió el sistema trienal hasta el siglo XII y se empleó sobre todo en el siglo XIII, especialmente en Polonia, Bohemia y Hungría. Cuando se ha creído que tal sistema podría remontar a la alta Edad Media, e incluso a la época romana o protoeslava, parece indudable que ha habido una mala interpretación de los documentos, escritos o arqueológicos, o que se ha confundido un caso aislado con la difusión de la técnica, que es lo único que interesa al historiador. Además en Hungría, donde la cría de ganado adquirió en seguida una gran importancia, parece que el sistema de rotación trienal, que era más favorable para la alimentación del ganado, reemplazó en general directamente al sistema de cultivo permanente, y que el sistema de rotación bienal fue siempre de extensión limitada. De modo inverso, en Bohemia, donde el cultivo de cereales parece haber predominado siempre durante la Edad Media sobre la cría de ganado, el sistema de rotación trienal (que aparece por primera vez con certeza en un documento que data del período 1125-1140) ha ocupado un lugar restringido al lado del sistema de rotación bienal e incluso junto a sistemas de cuatro o cinco suelos (*čtyřpolní systm, čtyřleté pěstění*).

También ha sido muy grande la diversidad de uso dado a los cereales. En las regiones marítimas de Alemania septentrional, en Escandinavia y en Inglaterra, la cebada siguió siendo durante toda la Edad Media el principal cereal empleado para hacer pan. La *cebada* ocupaba el principal lugar en el *infield*, que se enriquecía con los excrementos de los ganados, mientras que el *centeno* y la *avena* se cultivaban en el *outfield*, sin estercolar. En Polonia puede observarse, entre el siglo X y XIII, que, al mismo tiempo que se sustituye el cultivo mediante el sistema de *rozos*, por el cultivo con arado y tracción animal, se pasa del cultivo del *mijo* al de los cereales panificables, entre los cuales el *centeno*, que en un primer momento apareció como mala hierba mezclada con el trigo, ocupó inmediatamente el lugar principal, a la vez que la *avena* se imponía sobre la *cebada* como forraje para los caballos.

Queda por decir que el enriquecimiento de la población, como resultado de estos progresos agrícolas, generalizó el uso del pan, que disputó a las gachas el primer puesto en la alimentación campesina y aumentó la energía de las poblaciones europeas, principalmente la de los campesinos y trabajadores. Se ha podido sostener *cum grano salis* que la difusión del cultivo

por rotación trienal y el progreso de las legumbres, ricas en proteínas, permitieron el desarrollo ascendente de la cristiandad, las roturaciones, la construcción de ciudades y catedrales y las cruzadas. No se puede negar que se mantiene la impresión de que a partir del siglo XI existe una población más vigorosa.

Por último hay que añadir que en esta «revolución agrícola» hay un elemento que ha desempeñado un gran papel: la difusión del molino de agua y, más tarde, la del molino de viento. Pero como el empleo de la fuerza hidráulica no transformó solamente las explotaciones rurales, sino también al artesanado urbano, le dedicaremos más adelante una exposición de conjunto.

La renovación comercial

Ya hemos hecho alusión a los mercados en relación con los progresos y las necesidades de la economía rural a propósito de un comerciante de hierro. Las aldeas y los señorios experimentan también la necesidad de tener relaciones más continuadas con los mercados, porque los progresos en la producción hacen surgir excedentes comercializables y las ganancias en dinero que de ello resultan permiten comprar géneros u objetos que la producción local no proporciona. En la primera mitad del siglo XIII, por ejemplo, puede verse cómo los habitantes de la aldea de Prisé, junto a Mácon, obtienen del rey Luis VIII (1223-1226) la autorización para tener un mercado regular.

«Cuando el rey de Francia, Luis, de feliz memoria, atravesó Prisé de camino a Aviñón, concedió a los hombres de la aldea un mercado semanal, los lunes. El trigo, cualquiera que sea el lugar en que se venda, si se mide en la aldea el día de mercado o cualquier otro día, es tributario...»

De este modo, el desarrollo agrícola y el progreso del comercio se hallan estrechamente unidos. Además, aunque nosotros pensemos que como la tierra era la base de todo en la Edad Media será, por tanto, la «revolución rural» la base del desarrollo general, otros historiadores, siguiendo sobre todo a Henri Pitrenne, han visto en la renovación del comercio el motor del desarrollo de la cristiandad.

La recuperación del comercio, al margen de las causas por las que se explica, puede remontarse a más allá de mediados del siglo XI y algunos de sus principales antecedentes aparecen ya hacia 1060, pero van a precisarse y a desarrollarse al final del siglo XII.

Se trata en primer lugar de un comercio de un amplio radio

de acción. Se desplaza a lo largo de unos ejes que unen los puntos extremos de la cristiandad entre sí, desde York a Roma, a través del valle del Ródano o por el Rin y los pasos de los Alpes, desde Italia septentrional o Flandes a Santiago de Compostela, de Flandes a Bergen, Gotland y Novgorod, o que, desde la cristiandad o a través de ella, llegan a los grandes centros musulmanes y bizantinos: la ruta de Córdoba a Kiev a través del valle del Ródano, Verdún, Maguncia, Ratisbona, Praga, Cracovia y Przemysl; la ruta del Danubio desde Ratisbona a Constantinopla; las rutas mediterráneas desde Barcelona, por Narbona, Génova, Pisa, Amalfi y Venecia, hacia Constantinopla, Túnez, Alejandría y Tiro.

Estas rutas continuaban, como en la alta Edad Media, usando las grandes vías fluviales, pero a favor del desarrollo de los transportes terrestres (las grandes carretas desempeñan su papel al lado del acarreo, asegurado sobre todo por las mulas) y marítimos (hacia 1200 aparecen la brújula y el timón de codaste, mientras que aumentan los tonelajes con los galeones indios y los *koggen* hanseáticos) manifiestan también la renovación de las rutas terrestres y marítimas. Los cruzados, a partir de 1095, no crearán nuevas rutas, sino que utilizarán aquellas creadas por el comercio.

Los grandes centros comerciales se encuentran siempre en las dos extremidades del eje que une el mar del Norte con la península italiana. Al sur, junto a Venecia, que sigue dirigiéndose especialmente a Bizancio y obteniendo de ello extraordinarios beneficios (en 1082 una bula dorada de Alejo Comneno liberaba a los comerciantes venecianos de toda tasa comercial en todo el Imperio bizantino), y Amalfi, tanto Pisa como Génova no dejan de desarrollar su actividad. Pisa y Génova, que con mucha frecuencia se enfrentaban como rivales, se alían en camión, en 1087, para ir a tomar y saquear Mahdyá, donde se apoderan de un abundante botín. En 1114, los pisanos saquean Ibiza y Mallorca y se instalan en Cerdeña y Córcega. En la primera mitad del siglo XII, Pisa es la mayor potencia del Mediterráneo occidental y las ganancias obtenidas de sus botines y de su comercio le permiten alzar la primera gran obra urbana de la cristiandad: la catedral a partir de 1063, el Baptisterio a partir de 1153 y el Campanil a partir de 1174. Pero Génova, en el curso del siglo XII, se prepara para superarla.

Entre 1101 y 1110 una serie de expediciones victoriosas proporcionan a los genoveses barrios en Tortosa, Naxos, Trípoli, Sidón, Beirut y Mamistra. Pronto dirigen sus incursiones hacia el Mediterráneo occidental (Bugfa, 1136; Almería, 1146; Tortosa, 1148), dejando a un lado a Pisa. En 1155

obtienen por fin, después de Venecia y Pisa, un barrio en Constantinopla.

En el norte, los normandos y los frisones han perdido la iniciativa, porque los flamencos y los alemanes les remplazan y superan. Brujas se desarrolla rápidamente desde el momento en que, en el siglo xi, se traza un canal que une la ciudad con el estuario del Zwyn. Se acerca también al país mosano hacia el que convergen, formando una estrella en torno, las grandes rutas citadas más arriba. Más hacia el este se vislumbra el auge de las ciudades alemanas. «Los mercaderes del mundo entero se encuentran en Bremen», escribe hacia 1075, no sin exageración, Adán de Bremen. Los dos acontecimientos decisivos son, después de la destrucción de Schleswig (que había sustituido a Hainabau) en 1156, la fundación definitiva de Lübeck en 1158-1159 y, en 1161, bajo la hegemonía de Enrique el León, la constitución de la «comunidad de los mercaderes alemanes que frecuentan Gotland» (*univrsi mercatores imperii Romani Gotlandiam frequentantes*), núcleo de la Hansa. Una colonia sedentaria de mercaderes se estableció poco después en Visby, mientras que la nueva comunidad dominaba con rapidez el gran mercado ruso de Novgorod: en 1189 el príncipe Jaroslav asegura mediante un tratado de comercio ventajosas exorbitantes a los alemanes y a los gotlandeses.

Por lo que se refiere a las mercancías, el comercio de los siglos xi y xii conservó algunos rasgos del comercio anterior. Los productos de lujo ocupaban un lugar predominante: especias, pieles. Pero los tejidos de valor (sedas para la importación y paños para la exportación) alcanzaban cantidades cada vez mayores. Desde el siglo xii no sólo Flandes, sino toda la Europa noroccidental (Inglaterra, Francia septentrional y nort-oriental desde Normandía a la Champaña, los Países Bajos, los países mosanos y bajo-renanos) exportaba los «bellos paños» o «paños tintados» (*panni pulchri, panni colorati*) hacia la zona mediterránea y hacia Alemania, Escandinavia, Rusia y los países del Danubio. Y las mercancías poderosas en cualquier sentido comenzaron a ocupar una parte cada vez mayor del tráfico: productos de primera necesidad, como la sal o el alumbre (importado por los genoveses de Focca y utilizado como mordiente en la tintura de los paños), maderas, hierros, armas e incluso, ocasionalmente y siempre en período de hambre (como lo confirma Gualberto de Brujas para Flandes a comienzos del siglo xiii), cereales. Por último, el comercio de esclavos, también en cualquier sentido, a pesar de que no fue la actividad comercial más lucrativa continuó enriqueciendo a los mercaderes judíos y cristianos, por ejemplo, en Praga y en Venecia. La llamada

del comercio fue tal que supuso a veces una tendencia a la especialización agrícola de determinadas regiones, concretamente aquellas que se hallaban próximas a zonas fluviales o marítimas: así ocurrió con el gasto o *passel* en Cataluña y Aragón, en la Alemania media y sobre todo en Picardía; es lo que sucedió sobre todo con el vino. Verdaderos viñedos para la exportación se formaron en los valles del Mosela y del Rin, en el oeste de Francia, hacia Inglaterra y el mar del Norte, por Burdeos y La Rochelle. De ello surge una legislación comercial marítima. A finales del siglo xii los «juicios» relativos a los buques que transportaban vino se ponen por escrito en Orléon, escala para el comercio del vino. Los *Rôles d'Orléon* fueron traducidos inmediatamente al flamenco en Damme, antepuerto de Brujas, y de allí se difundieron por Inglaterra y el Báltico bajo el nombre de *Wisbyscher Serecht*.

Junto a los «grandes» puertos de exportación e importación había algunos grandes mercados temporales que comenzaban a desempeñar un gran papel: las ferias. Las principales se establecían en la zona de contacto entre el comercio mediterráneo y el comercio nórdico: Flandes y la Champaña. Las ferias de Champaña, aún más que las ferias flamencas, desempeñaron desde fines del siglo xii un papel internacional. Doradas por los condes de Champaña de privilegios que aseguraban la protección de los mercaderes, las mercancías y las transacciones, se celebraban una o dos veces al año en cuatro lugares sucesivamente: Bar-sur-Aube, Troyes, Lagny y Provins. De hecho, constituían un mercado permanente donde no sólo se vendían e intercambiaban los productos del gran comercio (paños y especias particularmente), sino donde, además, se regulaba toda una serie de operaciones de cambio y crédito.

En efecto, el último aspecto del desarrollo comercial es el auge de la economía monetaria y de las operaciones de cambio y crédito. Pero, en este aspecto, lo que debe ser resaltado es el carácter todavía arcaico y limitado del gran comercio más que su progreso real.

Indudablemente, la acuñación y la circulación monetaria aumentan. Pero la parcelación de la acuñación, la diversidad de tipos de monedas y las limitaciones de su área de difusión muestran que todavía no se puede hablar de *Weltwirtschaft* (economía mundial) a finales del siglo xii. Las pequeñas piezas de plata que acuñan casi cada ciudad o cada señor, por usurpación u otorgación del poder real, no tienen ni los mismos tipos ni la misma ley. Algunas tienen un área de circulación y una reputación mayores que otras: por ejemplo, los dineros tonoenses, los parisís, los de Provins, los de Colonia y los que

Conrado III permite acuñar a los pisanos en el año 1129, con curso válido para toda Italia. Pero la fragmentación monetaria sigue siendo considerable.

El cambio directo es la principal operación monetaria. Se realiza en determinadas ciudades y determinadas ferias sobre unos bancos, y los mercaderes especializados que lo practican toman el nombre de «banqueros» (como los *trapezitari* de la antigüedad griega). A partir de 1180 se extiende en Génova el nombre de *banchevins*, y Génova es precisamente uno de los más importantes centros de banca.

Las operaciones de crédito siguen siendo limitadas y sencillas. No tanto por las prohibiciones eclesásticas (la Iglesia ve oficialmente en casi todas las operaciones de crédito una forma de préstamo con interés, y por tanto de usura, pero es fácil eludir estas prohibiciones y, en la mayor parte de los casos, las autoridades eclesásticas cierran los ojos con gran facilidad, ya que ellas son las primeras en quebrantarlas) como por la poca importancia de las operaciones financieras y el carácter rudimentario de las técnicas de crédito.

El préstamo clásico para el consumo está por lo general a cargo de judíos y de establecimientos monásticos que, con sus tesoros en monedas o en piezas de orfebrería, son los más aptos para proporcionar rápidamente importantes sumas. En el año 1096 las iglesias de la diócesis de Lieja proporcionan al obispo Oberto el dinero necesario para la compra de los castillos de Bouillon y de Couvin. Hay numerosos textos que nos muestran a los monasterios y las iglesias en época de hambre empeñado o fundiendo sus tesoros para proporcionar víveres a los monjes, a la familia del monasterio y a los pobres que él mantiene. En 1197 un monje alemán se encuentra con otro que camina a gran velocidad: «Habiéndole preguntado que hacia dónde corría, me respondió: 'A cambiar. Antes de la cosecha nos vimos obligados, para alimentar a los pobres, a matar nuestro rebaño y a empeñar nuestros cálces y nuestros libros. Y he aquí que el Señor acaba de enviarnos a un hombre que nos ha dado una cantidad de oro que cubre ambas necesidades. Por eso voy a cambiarlo por dinero, para poder rescatar lo empeñado y reponer nuestros rebaños'». Por lo general, los establecimientos eclesásticos prestaban los fondos necesarios a cambio de una hipoteca sobre la tierra, de la que tomaban las rentas mientras esperaban el reembolso íntegro; era el sistema llamado de *mortgage* (inamortizable). El *mortgage*, que no era exactamente un interés y que, por tanto, no se consideraba como una forma de usura, fue, sin embargo, prohibido por la Iglesia, lo que no impidió que su práctica continuara manteniéndose hasta que

cayó en desuso cuando fue reemplazado por nuevas formas de crédito, como, por ejemplo, la *commendata*, llamado *colleganza* en Venecia y *societas maris* en Génova, que se extendió en el siglo XII por los puertos mediterráneos. Consistía en un contrato que asociaba a un individuo que aportaba su capital y a un empleado, un mercader o un capitán de navío, que aportaba su trabajo y se ofrecía para hacer rentable el capital prestado marchando a comerciar al extranjero. Los dos contratantes se repartían el beneficio eventual, por lo general en razón de tres cuartas partes para el que había aportado el capital y un cuarto para el prestatario. La proporción podía variar, y otros tipos de contrato (*compagnia* o *societas terrae*, para el comercio terrestre) podían unir a un capitalista y a un trabajador, o a los asociados, con participaciones financieras desiguales. He aquí un ejemplo de contrato, concluido en Génova el 29 de septiembre de 1163:

«Testigos: Simone Bucuccio, Ogerio Peloso, Ribaldo di Sauro y Genoardo Tosca. Stabile y Ansaldo Gerraton han formado una *societas* en la cual, según sus declaraciones, Stabile ha aportado una contribución de 88 libras y Ansaldo 44 libras. Ansaldo lleva este capital para hacerlo rentable a Túnez o a todas aquellas partes a donde debe ir el buque que tomará; a saber, el buque de Baldirzobe Grasso y de Girardo. A su regreso, depositará los beneficios en manos de Stabile o de su representante, para el reparto. Deducción hecha del capital, ellos dividirán los beneficios por la mitad. Hecho en la casa del Capítulo, el 29 de septiembre de 1163. Además, Stabile da a Ansaldo la autorización de enviar a Génova este dinero, para el buque que desee.»

En Génova, a finales del siglo XII, surgen otros tipos de operaciones. Ciertas agrupaciones de acreedores, los *compere*, se hacen otorgar de la comuna, por venta anticipada, la percepción de determinados impuestos de los que obtienen beneficio sin quebrantar las leyes de la Iglesia. Una nueva forma de préstamo marítimo implica cláusulas referentes al riesgo en el mar, que son en realidad la forma más antigua de seguro, y estipula a veces que el reembolso se haga en otro lugar y con otra moneda, lo que permite crédito y transferencia de fondos y esboza el esquema de la letra de cambio.

Estas son las más refinadas técnicas comerciales de finales del siglo XII, elaboradas por la ciudad más avanzada en ese campo.

El desarrollo urbano y la división del trabajo

Las ciudades son, junto a las roturaciones, el signo más espectacular del desarrollo demográfico. El desarrollo urbano es también anterior a la mitad del siglo xi, pero se hace irresistible a partir de 1050. Se manifiesta, además, lo mismo en creaciones nuevas que en la ampliación de los núcleos urbanos preexistentes. En el caso de las «ciudades nuevas», es difícil diferenciar las grandes aldeas, los burgos y las ciudades propiamente dichas. En muchos casos, los nombres que llevan (*Villeneuve, Villefranche, Samuëlé*, en Francia; *Freistadt* o *Neustadt*, en Alemania; *Villafranca* o *Villanova*, en Italia; *Wola* o *Igola*, *Nowe Miasto*, en Polonia; *Ujazd, Lhota* o *Nové Město*, en Bohemia) evocan o bien su novedad o bien los privilegios de que gozan sus habitantes: aspecto jurídico y social que manifiesta la unión existente entre el cultivo y la ocupación del suelo, la roturación y la colonización, e injerta al movimiento urbano en el movimiento más general de expansión demográfica.

En estas ciudades nuevas, en estos nuevos barrios, se manifiesta un nuevo espíritu urbanístico. El plano regular, circular o, más corrientemente, en damero, expresa una fase de maduración del genio urbano, un esfuerzo de «racionalización» que deja adivinar mutaciones mentales que se estudiarán más adelante.

La construcción de nuevas murallas materializa a través de toda la cristiandad el crecimiento de las ciudades más antiguas. En Colonia, en el año 1106, una nueva muralla engloba a los nuevos barrios de *Niederich*, *Oversburg* y de los Santos Apóstoles (*St. Aposteln*) y, en el año 1180, una fortificación más amplia (*die grosse Mauer*) debe proteger a una ciudad que ha crecido de prisa. Aproximadamente entre 1100 y 1230 Viena conoce cuatro murallas sucesivas que enmarcan a un perímetro que se amplía sin cesar. Basilea se extiende con nuevos recintos en el siglo xi (núcleo del *Münsterhügel*), y en 1180 (englobando el *Barfüsserplatz* y la *Freie Strasse*). Pisa construye su nueva muralla a partir de 1155, y a partir de 1162 encierra en sus muros también el barrio de *Chinzica*, al otro lado del Arno. También Génova, en 1155-1156 (el miedo ante Federico Barbaroja sirvió en ambos casos de estímulo para la edificación), extiende su recinto del año 952 para englobar al *burgus* de reciente desarrollo y a la costa, a lo largo del mar, hasta la *Porta del Vacca* al norte. El cronista Guillermo el Breton narra en estos términos la construcción, realizada por Felipe Augusto en 1212, de una nueva muralla parisina: «El mismo año, Felipe, rey magnánimo, rodeó todo París con un recinto desde la parte

meridional hasta el río Sena, por los dos lados; encerró una gran superficie de tierra en el contorno de los muros y obligó a los poseedores de los campos y las viñas a alquilar esas tierras y esas viñas a habitantes que construyesen casas, o bien a que ellos mismos construyesen esas nuevas viviendas, a fin de que toda la ciudad pareciera llena de habitaciones hasta las murallas...»

Esta estrecha aglomeración de las ciudades medievales, ese rellenar el espacio urbano que parece hacer surgir los monumentos de la ciudad (torres, iglesias, palacios) de la opresión de las casas que les rodean, se ha accentuado más aún en las representaciones artísticas sobre los escudos y en la pintura. Un impulso vertical endereza a la mayoría de las ciudades medievales y, al modo de los castillos en las campiñas, las hace dominar, en sentido propio y en sentido figurado, sobre el «país aplastado».

En el siglo xiii, el geógrafo árabe al-Idrisi, al hablar de las ciudades polacas, señala en ellas la disposición apretada de las construcciones: «Es un país de grandes ciudades. Estas ciudades son: (I)kraku (Cracovia), G(i)inazna (Gniezno), R(a)(i)slaba (Bratislava), S(i)rad(i)a (?Sieradz?), N(u)grea(?), Siniu (?Szczecin?). Tienen construcciones que están muy próximas unas de otras y poseen muchas riquezas naturales. Se parecen en cuanto a su tamaño; su disposición y su aspecto son idénticos.» No se puede expresar mejor la unidad del fenómeno urbano que se produce en toda la cristiandad en el siglo xiii.

Estas ciudades concretas inspiran imágenes urbanas estilizadas, idealizadas. Los escudos de las ciudades, cuya significación política tratamos después, se cuentan entre los primeros testimonios de esta mentalidad urbana. El escudo de Tréveris (cuya imagen se remonta al año 1113) muestra ya esta definición de la ciudad por la muralla y la puerta. Muralla que acoge los tesoros de la ciudad, lugar de acumulación de riquezas, depósito por excelencia, puerta que, más que una abertura, más que un paso, es un «punto de conjunción de dos mundos», el exterior y el interior, la ciudad y el campo.

En efecto, no se pueden aislar estos dos mundos cuyo crecimiento es simultáneo: la «revolución urbana» repercute a su vez sobre el contorno rural. Sea cual fuere la parte que la renovación del comercio a larga distancia haya tenido en el renacimiento urbano, en la función económica que define fundamentalmente a la ciudad medieval lo esencial es el crecimiento de la población y el de la población rural, que ha hecho posible y necesaria la creación y el desarrollo de centros de redistribución, consumo y producción artesanal. La división del trabajo

está en la base del fenómeno urbano. También aquí el progreso técnico que la acompaña y facilita, si no la crea, transforma a la vez la economía rural y la economía urbana. El molino de agua permite, en efecto, desarrollos tecnológicos que tienen profundas consecuencias tanto en el campo como en la ciudad. «El molino de agua —ha dicho Marc Bloch— es medieval en cuanto a la época de su auténtica expansión.» Entre el siglo xi y el xvi deja de ser una curiosidad para convertirse en la pieza maestra del equipo energético de Occidente. A partir de 1086 existen, según el *Domestday Book*, 5,624 molinos de agua en Inglaterra. El molino para trigo es la primera y la más importante de las aplicaciones del molino hidráulico. Pero la utilización de la energía hidráulica en usos artesanales o industriales adquiere cada vez mayor importancia en el siglo xiii. Y la ciudad es el lugar por excelencia para el funcionamiento de los molinos «industriales», al mismo tiempo que la concentración de los molinos de trigo que producen la harina para el consumo urbano es mayor en ella. La «invención» que permite la adaptación de la energía hidráulica a otras máquinas, y cuya difusión se da junto a la del molino de agua, es el *árbol con rueda dentada*, que transforma el movimiento circular continuo de la rueda motriz en movimiento vertical alternante al accionar un aparato fijo en el extremo del mango o el vástago: martillo, mazo de madera o plión.

El primer molino de batán, que permite batir el tejido mecánicamente y reemplaza al enturrido que se realizaba con los pies, aparece en una carta de la abadía de Saint-Wandrille fechada en 1086-1087. En Francia, entre 1086 y 1220, los textos han dejado hasta ahora el nombre de treina y cinco ciudades y aldeas que poseían un molino de batán al menos. Sin embargo, el primer molino de batán inglés de que hay constancia es de 1185; el primero italiano, de finales del siglo xiii; el primero polaco, de 1212, y el primero alemán, en Spira, de 1223. Es posible que la *walkemölla* mencionada en un auto real de 1161 relativo a la Scania designe un molino de batán.

El más antiguo molino empleado para *currir pieles* aparece en el año 1138, cerca de Chelles, en una ciudad nueva equipada en común por el capitulo de Notre-Dame de París y el conde de Champagne. Dos molinos para *cerveza* hidráulicos existían ya en 1042 en Montreuil-sur-Mer. En cualquiere caso, había uno en Evreux en 1088. El primer molino de *hierro* conocido sería el de Cardedeu, en Cataluña (1104). En 1151 se señala la existencia de catorce forjas equipadas en los Pirineos catalanes, y la abadía de Sorocé, en Suecia, instala una en 1197.

Por último, el molino de viento viene a duplicar la acción

del molino de agua a fines del siglo xii. Aparece primero en una región perfectamente delimitada: Inglaterra, el Ponthieu, Normandía septentrional y Bretaña. El primero que se conoce fue constituido por la abadía de Saint-Mary of Swineshead, en Lincolnshire, en 1181, a menos de que sea algo anterior a él el que se ha encontrado en un texto concerniente a la abadía normanda de Saint-Sauver-le-Vicomte. Es posible que en la Península Ibérica el molino de viento fuera conocido en la misma época o incluso antes.

Este equipo tecnológico permite que las ciudades medievales cumplan mejor su función constructora, que refuerza y desborda su función comercial. Se convierten en centros de intercambio y en motores de la producción. Crean y ponen en circulación técnicas, mercancías e ideas. Sustituyen a los monasterios de la alta Edad Media. Realizan la división y especialización del trabajo.

Progreso de la seguridad: «la paz de Dios»

Todo este desarrollo económico exige un minimum de seguridad. El fin de las grandes invasiones concurre al desarrollo. Pero es precisa al mismo tiempo la tranquilidad interior. Se desarrollan las instituciones de paz aparecidas al final del siglo x. La protección de las actividades económicas se menciona expresamente en las actas que tienden a hacer imperar la paz. En 1095, Urbano II, cuando predicaba la primera cruzada en Clermont, coloca bajo la salvaguarda de la paz de Dios «los bueyes y los caballos trabajadores, los hombres que guían los arados y los rastrojos y los caballos con los que rastrojan». En la lucha de la reforma gregoriana contra el laicado guerrero existe toda una política proteccionista para las nuevas actividades económicas y los hombres que las ejercen. Gregorio, en 1074, escribe al rey de Francia, Felipe I, para ordenarle restituir a los mercaderes italianos llegados a su reino las mercancías que había hecho confiscar; es el «comienzo de una larga serie de documentos del mismo género». El canon 22 del tercer Concilio de Letrán, de 1179, al reglamentar la tregua de Dios, reclama la seguridad «para los sacerdotes, los monjes, los clérigos, los conventos, los peregrinos, los mercaderes, los campesinos y las bestias de carga». Las instituciones de paz, más que a las actividades económicas y a sus productores, tienden a proteger a los hombres que las ejercen. Esto se debe a que el desarrollo económico trajo consigo profundas transformaciones sociales. Nace una nueva sociedad cristiana.